

dona su turbante ni su larga túnica amarilla, signos de su procedencia árabe.

En cuanto al papel que desempeñan los árabes en las plazas mercantiles propiamente fundadas por ellos, puede decirse que es consecuencia necesaria de sus mismas relaciones comerciales. En opinión de Stanley, ningún árabe del interior se ha dirigido allí con el propósito deliberado de fundar una colonia, ni siquiera de establecerse fijamente en ellos: todos han ido simplemente como mercaderes y todos se han quedado en las plazas mercantiles del interior por muy distintas causas. Otros se quedan en las comarcas interiores por el afán del lucro. El comercio es la ocupación de todos ellos. Entre los árabes establecidos en los distritos pastoriles los hay también que poseen grandes rebaños de bueyes y extensos campos de arroz, mijo, etc. Dondequiera que estos agricultores se establezcan, su primer cuidado es cultivar las legumbres y las frutas que en Zanzibar, su patria, prosperan: de aquí que hayan introducido en el Unianieme melones, plátanos dulces, mangos, limones, ananas y granadas, como también arroz y trigo. En sus colonias principales gobiernan como príncipes, habiéndolos que poseen centenares de esclavos. Tippu Tib que acompañó a Stanley desde Nyangwe un trozo río abajo, entró en dicha ciudad con 700 hombres armados. Sus casas están fortificadas: en el Unianieme hay 60 ó 70 atrinchamientos que encierran la casa del propietario, los almacenes de las provisiones y las numerosas chozas de los esclavos. Ujiji y Nyangwe no son en el fondo otra cosa que agrupaciones de estas cabañas árabes fortificadas.

Dados los medios de fuerza relativamente escasos de que en un principio dispusieron los árabes, sus progresos no pueden menos de causar admiración por lo rápidos que fueron. Cuando Stanley visitó en 1871 el Tanganika, comenzaban a establecerse en Karema, al lado de los wafipas; pues bien, hoy desempeñan allí un importante papel político: Speke encontró una gran diferencia en el Unyamuesi entre lo que vio allí en su primer viaje (1857) y los adelantos que pudo observar en su segunda visita (1861): en esta última fecha, los que en 1857 eran comerciantes habíanse convertido en propietarios dueños de grandes fincas y de bien armadas compañías de esclavos. Su inevitable inmixción en la esfera política preside hace dos décadas la historia de un territorio tan grande como el Unyamuesi y más ó menos la de todo el país comprendido entre el Océano Índico y el alto Congo. Su política constante consiste en sembrar la discordia y en explotar las ventajas que ésta les reporta.

Speke pone la descripción de una de estas luchas características en boca del caudillo Manúa Sera de Kaseh, que la refiere en los siguientes términos: «Por deseo de mi anciano padre Fundi Kira fui caudillo legítimo á pesar de ser hijo de una esclava. Apenas posesionado de mi título, obsequié pródigamente con marfil á todos los árabes, pero muy particularmente á Munsa, lo cual excitó en alto grado la envidia de los demás comerciantes y hecho esto impuse una contribución sobre todos los géneros que entraran en mis dominios. Esta medida indujo á los árabes á enviarme embajadas amenazándome con que me destronarían y pondrían en mi lugar á Mkisiwa, otro hijo de mi padre habido de una esclava. No pude sufrir tamaña exigencia; así se lo hice saber y les amenacé para el caso de que despreciaran mis mandatos. Mkisiwa, aprovechando la ocasión de conquistarse el apoyo de los árabes, comenzó un sistema de soborno. De las palabras se pasó á los hechos y tuvimos una larga y encarnizada lucha, en la que murieron muchos de los suyos y de los míos, hasta que fui arrojado del trono en el que se sentó mi rival.

»Pero mis leales compañeros no me abandonaron y con ellos me dirigí á Rubuga, en donde fijé mi residencia al lado del anciano Maula; los árabes, sin embargo, me persiguieron y me empujaron hacia Nguru, intentando además asesinar á Maula por haberme dado asilo, mas habiendo podido escapar á su venganza, aquéllos devastaron sus territorios y fueron á buscarme á Nguru. Allí luchamos hasta que hubimos agotado todos los víveres y logré huir. Desde aquel momento ando errante y cuando quiero firmar la paz hacen cuanto pueden por perseguirme de muerte.» Esta persecución de los árabes y de sus aliados contra Manúa Sera duró mucho tiempo: este caudillo era causa de molestias para sus mismos amigos y parecía que llevaba consigo la guerra y la desolación. Su huésped Maula fué asesinado junto con sus hijos por un árabe que le había dado una cita. Más tarde cambió la suerte: mientras la permanencia de Speke y Manúa Sera asoló todos los territorios que á su alrededor se extendían y asesinó á cuantos enemigos cayeron en sus manos. Entonces los árabes sintieron vivos deseos de hacer la paz y me encargaron de la misión de proponerla. De este modo consiguióse casi un tratado de paz, en el cual Manúa Sera no insistió en recobrar sus dominios patrimoniales, sino que consintió en que los árabes le hicieran una transferencia de territorios. Las negociaciones fracasaron, sin embargo, por la exigencia de Manúa Sera de que le entregaran á su hermano Mkisiwa; entonces la guerra estalló nuevamente, viéndose Manúa Sera en grave aprieto porque los árabes se habían aliado con otros muchos caudillos y todos juntos cercaban á su enemigo, mandándole á decir que ora huyera á la montaña más elevada, ora se escondiera en la caverna más profunda, á todas partes le perseguirían para acabar con su existencia.

## CAPÍTULO V

### EL ISLAMISMO

«El islamismo se propaga muy rápidamente porque es práctico, sencillo y de fácil inteligencia y porque halaga la inclinación del hombre hacia las formas.»

MUNZINGER.

Propagación del islamismo.—Limitación local de esta religión.—Huellas cristianas, judías y paganas.—Superstición.—Diferencias locales.—Asiáticos que profesan el islamismo.—Sacerdotes y derviches.—Hombres de Dios, emigrantes y aventureros.—Conventos, hermandades y hadjis.—El islamismo como portador de la cultura árabe.—Poder civilizador del mismo en el interior del África.—Expediciones de conquista del islamismo.—Enseñanza y ciencia árabes.—Sistema de derecho.—El Estado de Dios.

De todas las religiones monoteístas que han penetrado en Asia y en Africa, el islamismo ha sido la que más rápidamente se ha propagado, y dondequiera que aparece arraiga más de prisa y más profundamente que el cristianismo, pues no presenta al espíritu de los orientales ninguna dificultad lógica y sus contradicciones no son tales para ellos ó se avienen con su carácter propenso á la contradicción. Lo que esa religión ordena puede cumplirse con cierta latitud poco rigorista y de lo que tolera es la poligamia tan adecuada al gusto y á la tradición de todos los pueblos asiáticos y africanos, que esta licencia basta para darle una superioridad sin igual en detrimento del cristianismo. La prohibición de la poligamia aparta del cristianismo á aquellos hombres ricos cuya alta posición social en nada se conoce tanto como en la posibilidad de mante-

ner á muchas mujeres y que de ninguna propiedad están tan satisfechos como de la que sobre sus esposas tienen. La mayor parte de la influencia del islamismo se debe á esta institución.

Pero esta misma influencia impone al islamismo algunas limitaciones. En medio de las alternativas de los accidentes á que en sentido favorable ó desfavorable están sujetos los gérmenes de los acontecimientos históricos es siempre de importancia suma saber cuál sea el origen de ellos. Compárese el islamismo que tan grande ha llegado á ser en Arabia con el cristianismo que se desarrolló en el terreno más fértil de la antigüedad, es decir en Israel, en Egipto, en Grecia y en Roma: el origen y el desenvolvimiento de aquél aparecen más hacia el Sud y más hacia el Este que los del judaísmo y del cristianismo, religión esta última tan adecuada desde sus comienzos para sentir la influencia de la civilización occidental y dejar ó el sentir la suya sobre ésta. El islamismo, en cambio, carecía por completo de esta potencia: desde un principio adoleció de falta de una base local amplia, y si no recuérdese el precepto de la peregrinación á los santos lugares ó el traje de peregrino, sólo bueno para la Arabia. Esta influencia se deja sentir más profundamente. El monoteísmo de Mahoma se aviene bien con la fantasía árabe, que es producto de la grandiosa é ilimitada uniformidad del desierto y constituye un progreso desde el politeísmo de las fuerzas naturales y del culto de los astros hacia una religión del espíritu; pero para poderse desenvolver en una dirección ética y espiritual, hacía falta lo que podríamos llamar humanidad cosmopolita. El islamismo está plagado de usos que indican que en sus principios no fué más que una religión local árabe.

La influencia de que aun en el siglo séptimo disfrutaban los judíos en Arabia se manifiesta por lo que el Alcorán copió del Decálogo y de los preceptos judaicos relativos á los ayunos y á las oraciones. Para poder representar un papel en el mundo, hubo de hacer el islamismo algunas concesiones que en vez de elevarlo lo rebajaron. Un moderno historiógrafo de esta religión, Vambéry, ha calificado la cultura islámica de aglomerado de la educación de aquellos pueblos que en un periodo tan corto sometieron los árabes á su soberanía, afirmación exagerada sobre todo si se tiene en cuenta la vasta propagación del idioma árabe. Sin embargo, en Persia vemos al arabismo puro en lucha con la civilización de los parsos y después que los primeros califas se hubieron defendido en vano contra esta última la encontramos victoriosa á las órdenes del amigo de los persas Meemún, llevando consigo algunas ideas budhistas. En el Asia Menor el arabismo presenta cierto matiz turco y griego, y en Egipto tiene muy diferentes elementos que en Marruecos. Y por lo que hace al florecimiento de la dominación mora en España, se ha dicho que el islamismo, como el cristianismo, emprendió muy distinto camino bajo el cielo de Occidente. Si examinamos en su conjunto la civilización mora aquí y en el Norte de Africa hasta Egipto, veremos que su industria, su arte y su espíritu caballeresco se diferencian esencialmente de la comprensión, del caudal intelectual y de la tendencia espiritual de los asiáticos. Esta diferencia ha sido reconocida desde muy antiguo. El mundo islámico fué durante el período de su florecimiento instrumento de una gran lucha por la supremacía espiritual sostenida entre dos importantísimos grupos de los magrebinos (occidentales) y de los maschrikinos (orientales), lucha en la cual tomaron parte un Averroes y un Ibn Chaldún y cuyo resultado fué aceptar los orientales la retórica y la poesía y los occidentales el arte

y la ciencia. Estos últimos, empero, no fueron por ello más poderosos, sino que continuaron siendo un vástago del gran árbol de la fe y del modo de ser orientales limitado en el tiempo y en el espacio.

¿Quién podía imaginar que el monoteísmo puro había de mantenerse precisamente entre los orientales libre de todos los accesorios que empañan su pureza? Y esto era tanto menos posible cuanto que el islamismo desarrolló rápidamente y de una manera exclusivista el impulso que recibiera de las religiones monoteístas ya existentes y en sus tentativas para ir ganando terreno consideró como el enemigo más peligroso al imperio romano de Oriente. Mahoma condenó á los santos del cielo cristiano y muy especialmente á la Trinidad, que para él no eran otra cosa que manifestaciones del más puro politeísmo. Pero sus próximos amigos y parientes forman en la actualidad, gracias á sus innumerables milagros, un verdadero paraíso lleno de santos, cuya veneración en nada cede y más bien supera á la que los cristianos profesan á los suyos. Un santón árabe dice: si en un mismo vaso se introduce sangre de un rumi y de un santo árabe, por más que se agite nunca se mezclará la del uno con la del otro. A millares están esparcidas por el territorio islámico las tumbas milagrosas y aquellas capillas en las cuales los morabitos árabes están á menudo enterrados debajo de su cama situada en la *cuba* y cubierta con cortinas verdes. Estos santos son patronos de territorios, de ciudades y de clases escogidas. En la cima de la colina Tschupanata, en Samarkanda, encuéntrase la tumba del santo del mismo nombre, que es el patrono de los pastores y de la ciudad. Conocidas son las dimensiones acerca del papel que desempeñaron los inmediatos sucesores de Mahoma: la cuestión de si debían ó no ser considerados como *imames* (imanes) los tres primeros califas Abubeker, Omán y Otmán, fué causa de la gran excisión entre mahometanos sunnitas y schiitas.

El primitivo islamismo dió muestras de un espíritu reformador con la posición que adoptó enfrente de la idolatría, del culto de los astros, de los espectáculos que se representaban en los templos y que recordaban el culto de Astarté, del asesinato de doncellas y de otros usos análogos; pero al propio tiempo no exigía el completo abandono de las antiguas supersticiones. Así es que nunca desaparecieron del todo las huellas de la antigua adoración de los astros; por esto los antiguos hablan de un templo de Sarnu como santuario árabe, siendo, además, un resto de aquella veneración la adoración que á la luna profesan las tribus del Este del Jordán. La veneración de las tumbas en virtud de la cual ningún individuo de una tribu puede permanecer de pie junto á los monumentos de los antepasados de la misma y cubre de besos las piedras sepulcrales de los antecesores de otras tribus exclamando: «¡Perdonad, vosotros los bendecidos!» recuerda el culto de los antepasados existente en otro tiempo, y quizás también el culto de las piedras que pudo mantenerse en el de la piedra negra de la Kaaba en el mismo centro del islamismo. Cuando Lepsius en su viaje á la Arabia Pétreá verificó su ascensión al Serbal, vió que los beduinos habían amontonado pequeñas piedras formando con ellas un círculo. «Llegados á aquel círculo de piedras—dice—mi guía se quitó las sandalias y se acercó á él con religioso respeto y colocado dentro del mismo rezó una plegaria, hecho lo cual me contó que había sacrificado allí dos ovejas, una con ocasión del nacimiento de un hijo y otra con motivo de haber sanado de una enfermedad. Los árabes de los alrededores sentían desde tiempo inmemorial gran veneración hacia la montaña Serbal y tenían gran fe en ella. La

adoración de las piedras reconocía también por causa la ilusión que producía ver en ellas huellas de pies humanos. Refiérese, por ejemplo, que Mahoma quiso descender á Damasco y había puesto ya un pie en el suelo, cuando el ángel Gabriel le dijo que si volvía al paraíso de la tierra tendría que renunciar al del otro mundo, oyendo lo cual el profeta se apresuró á remontarse de nuevo, dejando en la roca en que se apoyó la huella de un pie. Los grupos de rocas de forma extraña son hombres ó animales convertidos en piedras por Mahoma, Alí ó algún otro santo. Los sacrificios de animales aplacan aquí la cólera de los espíritus. Los árabes dicen que las almas de los muertos siguen viviendo en forma de pájaros verdes. Un pájaro corona el frontón de los portales que dan acceso á las cámaras funerarias árabes. En ninguna religión monoteísta aparece tan marcada como en el islamismo la creencia en fantasmas: los *dschines* del mahometismo son conocidos hasta en lejanas



Tejidos nubios de fibras vegetales impermeables. (Colección de Hagenbeck, Hamburgo).  $\frac{1}{2}$  de su verdadero tamaño

en pequeños puntales, y luego se cubre el todo con tierra. En el sarcófago se entierra también la mitad de las redes propiedad del difunto; la otra mitad pasa á poder de los parientes del muerto. Entre los tártaros y los kirguises ha adoptado el *mollah* una porción de costumbres supersticiosas de los camanes. También son de origen pagano los banquetes mortuorios que se celebran á los catorce días de ocurrida la defunción y en el aniversario de la misma. Floyer dice hablando del islamismo de los belutchis: «No conocen de esta religión otra cosa que el nombre, la diferencia entre schiitas y sunnitas y algunas fórmulas árabes.» Entre 500 belutchis no hay uno que medite acerca del origen ó importancia de un sepulcro ó de un lugar sagrados, ni acerca de por qué hay tan gran número de ellos y por qué se les adora depositando en ellos un puñado de malos dátiles por ejemplo. Estos sitios son considerados por las gentes más perspicaces como parajes mágicos en donde la celebración ó no celebración de varias ceremonias puede ser causa de prosperidad ó de desgracia respectivamente.

También ha conservado el islamismo muchas huellas del cristianismo, especialmente en Nubia. Los bedjas nubios llaman al sábado *Sembet nussh* (pequeño sábado) y al domingo *Sembet abei* (gran sábado) y conocen la Noche Buena y la Pascua. Cuando los tártaros de Ufa eran todavía cristianos, adoraban ya á santos mahometanos. El judaísmo y el cristianismo corrompidos dejaron sentir su eficacia en el primer desenvolvimiento del islamismo. Mahoma, el que había de ser profeta, hubo en Medina de tratar primero y de luchar después con un gran núcleo de

comarcas en donde esta religión está muy débilmente representada, del modo mismo que el Satán (Scheitán) islámico ha sido llevado á todos los ámbitos de la tierra. La creencia en los *dschines*, espíritus celestiales, llega hasta al archipiélago de la Sonda, en donde los javaneses hacen una distinción entre los *dschines-islam*, que han adoptado el islamismo, y los *dschines-kapir*, que han permanecido infieles.

Los infelices habitantes del Lobnor son mahometanos, pero no hay entre ellos ningún sacerdote y á duras penas si saben rezar á medias una oración. Del mismo modo que los tártaros de Ufa no han abandonado la costumbre de enterrar los cadáveres envueltos en cortezas de árboles, así también los tarimeses siguen enterrando los suyos en los botes pertenecientes á los difuntos; necesitan para ello dos embarcaciones, una que constituye la mitad superior y otra la inferior del sarcófago: la mitad inferior se encaja en un hoyo plano practicado en el suelo, apoyada

judíos, afirmando cierta tradición que su primer almuédano fué un esclavo cristiano. Ya se comprenderá que de ésta suerte, por medio de instituciones radicales, consiguió la religión mahometana ocupar una situación en apariencia autónoma en perjuicio del cristianismo: á ello tendieron los ritos á menudo reproducidos, tales como la prohibición del vino, la carencia de campanas, la prohibición de rezar en las horas de las vísperas y de la misa cristianas y sobre todo la insistente afirmación del genuino monoteísmo contrario á toda trinidad. El islamismo se ha ido desarrollando en medio de luchas contra la idolatría politeísta y en silencioso antagonismo con el judaísmo y el cristianismo. No se olvide que en la época de su crecimiento, la Meca, como gran ciudad mercantil, sostenía relaciones íntimas con el imperio romano cristiano de Oriente.

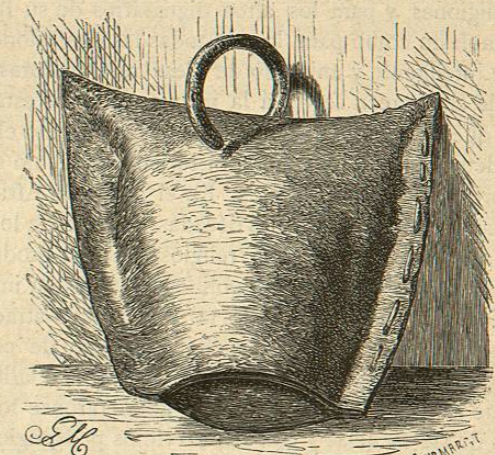
El islamismo se apoderó de la mitad septentrional de África, en donde cada día hace nuevos progresos (véase tomo I pág. 75), y en el Asia occidental no es menor la extensión de los territorios por él ocupados. Desde la línea divisoria de aguas del Indo y del Oxus hasta Constantinopla puede viajar sin interrupción por comarcas islámicas. Al Este de esta zona, en cambio, el mahometismo sólo se nos presenta en grupos más ó menos grandes: el mayor de estos grupos de pueblos islámicos se compone principalmente de schiitas, al número de los cuales pertenecen en primer término los badakjanes, la mayoría de los baltis, los dardos de Astor y de Gilgit y los cachemiros. Durante largo tiempo el islamismo ha ido ganando terreno entre estos pueblos en detrimento del budhismo. Entre los baltis cuenta con algunos partidarios la secta de

Nur Baksch. No se sabe á punto fijo quién conquistó á estos pueblos para el islamismo; ellos afirman que ya eran adeptos aunque poco fervorosos de esta religión antes de la invasión de los sikes, pero que el caudillo de éstos, Nathu Schah, fué el primero en hacerles «buenos mahometanos.» En la India, 40 millones de mahometanos, que en otro tiempo gobernaban sobre los indios, forman un pequeño mundo aparte, el más vigoroso desde el punto de vista político, y animado de un espíritu en extremo unitarista y por ende la parte más temible de los pueblos que constituyen el Imperio indo-británico. El último período brillante de la India fué el de la dominación mahometana en los valles del Indo y del Ganges.

Al número de los islamitas más fanáticos pertenecen los habitantes civilizados del Oeste y del interior de Asia; también la India aporta un buen contingente de fieles intransigente. Los persas, á pesar de su amabilidad, se muestran á menudo con los cristianos más intransigentes que los mismos árabes y más aun que ellos los afghanes. Los comerciantes persas envían sus plegarias á la Meca desde los vapores que hacen la travesía del Caspio ó del Volga, en donde se les reservan cocinas especiales para que no tengan que sentarse á la mesa con cristianos. Los tártaros imitan el ejemplo de los persas, cual si la proximidad del cristianismo prestara nuevo vigor al islamismo que en los últimos años ha hecho entre los mismos tártaros y tschujes centenares de prosélitos arrebatados á la religión cristiana. El culto mahometánico tiene una gran representación externa en todo el Turkestán y en todo el territorio fronterizo asiático europeo del Volga. Casi todas las aldeas baschkiras tienen su pequeña mezquita y su cementerio emplazado por modo raro en mitad de un camino y rodeado de una valla ó de árboles que cercan aquel conjunto de sencillísimas tumbas: éstas consisten á menudo en montones de piedra de 1 metro de altura en algunas de las cuales hay clavadas pequeñas estacas de madera. Multitud de mezquitas constituyen, junto con un templo griego, una parte de los edificios monumentales de las ciudades turkestánicas: en la mayoría de los casos aquéllas superan á éste en lujo y antigüedad. En Omsk y en Semipalatinsk mismo ninguna construcción cautiva tanto al extranjero como las mezquitas tártaras. «Bochara y Estambul — escribe modernamente el misionero Capus — son las últimas fortalezas del islamismo y el asiento de la sabiduría y de la santidad islámicas.» Allí se encuentran los *mollahs* más instruidos: el fanatismo religioso adopta temporalmente formas políticas pero no tarda en volver á su punto de apoyo místico. El espíritu de Alí, el que convirtió el Asia central uno de los más bélicos y más terribles apóstoles de la nueva doctrina y cuya tumba emplazada en Mazara Scherif (el sepulcro santo), cerca de Balch, es el lugar de peregrinación de los buenos musulmanes del centro Asia, flota todavía en el islamismo de estos territorios. Además la religión islámica permanece aún en los mejores tiempos íntimamente relacionada con la civilización de estos países: sus monumentos son los más hermosos y los más expresivos de cuantos se alzan en estas regiones. En las comarcas apartadas, nada alegra tanto la vista como las formas de los sepulcros musulmanes. Las colinas aparecen coronadas por capillas en donde descansan los cadáveres de hombres santos. En una isla del Oxo levántase el mausoleo del predicador Zjul-Kafil, cuyos centinelas son descendientes de personas que han fallecido en olor de santidad. En estos países y mucho más allá hasta las fronteras de China, entre los dsungares, dunganos, tarantches, pantays y demás grupos mahometanos del remoto interior de Asia, como

quiera que se llamen, hubieron de ejercer mucha influencia, en el sentido de robustecer la fe, la antítesis de la religión mahometana y el budhismo y el antagonismo nacional entre el espíritu turco y el mogólico.

Los sacerdotes islámicos, de los que hay dos categorías una humilde y otra elevada, ejercen muy poca influencia en unos pueblos, entre los persas y los turcomanos por ejemplo, al paso que la dejan sentir muy poderosa en otros, tales como los egipcios y los moghrebinos. El ejercicio de su profesión tiene mucho del camanismo y en ella rinden á la superstición tanto culto como sus colegas, los médicos hechiceros de los negros ó los camanes de los nómadas asiáticos (véase el grabado de la pág. 193). Los individuos de ambos sexos locos, imbéciles ó atacados de cualquiera otra enfermedad física son generalmente considerados por los mahometanos como santos y tratados con gran veneración: «El hombre natural adora, dondequiera que la encuentre, la fuerza demoníaca de la naturaleza, que obra de una manera ininteligible para los mortales y es, por ende,



Campana que usan las caravanas, de Kordofán. (Christy collection Londres).

observada con miedo y la adora porque la encuentra afín á su vigor intelectual (Lepsius).» El mismo Mahoma se hallaba sometido á éxtasis durante los cuales recibía inspiraciones sugeridas por el Altísimo: á los tres años de recibirlas había formado acerca de las mismas, y también acerca de sus fines y de sus medios políticos concepto bastante claro para darse á conocer como predicador. La preferencia con que se buscan las inspiraciones divinas en las personas de escasa inteligencia demuestra hasta qué punto se rebaja la relación con las religiones naturales. La inmensa mayoría de los sacerdotes mahometanos rinden culto á las más groseras supersticiones; así por ejemplo, oímos decir hablando de Marruecos que cuando una mujer está de parto, lo primero que se hace es enviarle un fakir que con incienso y con piadosas sentencias procure expulsar de ella al demonio; si esto no basta se le dan á beber versículos del Alcorán escritos en una tabla de madera de la que se borran con agua. Muchas veces, sin embargo, Satanás se ha apoderado de tal manera de la mujer que no quiere abandonarla y apélase á toda clase de amuletos, tales como los cabellos de un gran santo cosidos en un saquito de cuero, el agua de la fuente Semsem, ó el polvo del templo de la Meca. Estos remedios son innumerables y algunos de ellos vienen incluídos en el mismo Alcorán en cuya *surata* ó capítulo correspondiente al albor de la mañana hay una plegaria especial contra la influencia de las «sopladoras de nudos» que hacen nudos mágicos y soplan en ellos para in-